



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

LAS DROGAS EN LA FARMACIA DE PLATÓN.

PRIMERA PARTE.

HÉCTOR LÓPEZ

hectorlopez@telecentro.com.ar

Las drogas en la farmacia de platón.

Primera parte.

Resumen

Nota editorial.

Héctor López trabaja en esta primera parte de su escrito, Las drogas en la farmacia de Platón, el estatuto del pharmakon desde su sentido antitético y ambiguo: droga, fármaco, veneno, quitapenas. El autor trabaja en profundidad el texto de Derrida La diseminación, y varios diálogos socráticos de Platón para cernir este estatuto del pharmakon. Ubica una cuestión crucial en la pregunta lacaniana acerca del sujeto cuando recibe un psicofármaco. El estatuto del cuerpo como sustancia de goce queda allí involucrado. El mito de Farmacea es presentado denotando una cuestión central del consumo del pharmakon, que va del placer a su más allá.

Palabras clave

Pharmakon; Farmacea; drogas; abstinencia estructural.

Drugs at Plato's pharmacy

Abstract

Hector Lopez researches, in this first part of his writing, Drugs in Plato's pharmacy, the statute of Pharmakon from its antithetical and ambiguous sense: as drug, medicine, poison, "pick me up". The author delves into the text of Derrida, Dissipation, as well as into several

socratic Dialogs by Plato, to seize the statute of Pharmakon. He settles a crucial question when he brings up the lacanian question about the subject who receives a psychotropic drug. The status of the body, as substance of jouissance, is brought up. Farmacea's myth is presented to connote a central point in the use of the pharmakon, which goes from pleasure principle to its beyond.

Key words

Pharmakon; Pharmacea; drugs; structural abstinence.

Reseña curricular

Psicoanalista. Profesor en Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Doctor en Psicología, Universidad de Belgrano, Argentina. Profesor titular regular y director de la Maestría en Psicoanálisis en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesor titular en la Maestría en Psicoanálisis y en el Doctorado de la UBA en la Facultad de Psicología. Autor de los siguientes libros: Psicoanálisis un discurso en movimiento, Biblos, Buenos Aires, 1994; Las adicciones sus fundamentos clínicos, Lazos, Buenos Aires, 2003; Lo fundamental de Heidegger en Lacan, Letra Viva, Buenos Aires, 2005; La instancia de Lacan, Editorial Universitaria de Mar del Plata (EUDEM), 2010.

Las drogas en la farmacia de Platón

La palabra griega *phármakon*,
tiene el doble sentido de veneno y remedio,
una única palabra para dar la vida y para dar la muerte.

Walter Kohan

Primera parte:

1. La ambigüedad del *pharmakon*

La afinidad entre las llamadas “drogas intoxicantes” y los psicofármacos es tan obvia e íntima que resulta extraño no se haya reparado más en ella.

En principio, es llamativo que el término “droga” designe no sólo a las sustancias químicas ilícitas, –consideradas por el discurso del Derecho como “estupefacientes” debido a sus efectos narcóticos– sino también a los sofisticados productos químicos de los que en la actualidad se vale la medicina para combatir los síntomas psiquiátricos, desde los poderosos neurolépticos a los antidepresivos y tranquilizantes.

La matriz común a la que pertenecen ambos elementos -que se ofrecen como tan distanciados y opuestos entre sí- se hace escuchar en casi todos los idiomas: el idioma inglés por ejemplo emplea la misma palabra *drug* para referirse tanto al tóxico como al medicamento, empleo menos frecuente en nuestro idioma donde la palabra “droga” se vincula más directamente a las sustancias ilegales que a la farmacia. Sin embargo, nuestras “droguerías” no son bunkers de drogas sino fábricas de medicamentos. La homonimia señalada descorre un pudoroso velo y deja ver que la naturaleza de los psicofármacos incluye ciertas propiedades “estupefacientes”, y a veces adictivas, que afectan tanto a la fisiología cerebral como a la subjetividad del sujeto medicado.

Por lo cual, no se trata de una homonimia accidental o contingente desprovista de valor, sino más bien de una muestra de lo que el lenguaje “sabe” a expensas de un “no querer saber” de la medicina.

Se trata de un saber de la lengua referido a la función ambivalente y contradictoria de toda droga, ya sea que la encontremos en los estantes de la farmacia o en las cuevas de los narcotraficantes. Es una condición esencial reconocida ya en la antigua Grecia y mencionada como *pharmakon* una y otra vez en los diálogos de Platón.

En el campo de la investigación, la admirable e interesante obra del autor español Antonio Escohotado, *Historia de las drogas* (1998), denuncia justamente la cuestión de todo lo que se reprime cuando se habla de las drogas en la discursividad moderna cuando se trata de los intereses en ocultar la verdad.

Esta inocente observación abre sin embargo la posibilidad de una pregunta crucial: ¿Cuándo el médico administra un psicofármaco, conoce lo que su paciente demanda de él?

Es lo que se pregunta Lacan en “*Psicoanálisis y Medicina*” (1966) , para responder que las drogas farmacéuticas cumplen una función que va más allá del tratamiento de una

dolencia psíquica hasta comprometer al sujeto en el goce del cuerpo. Lacan no menciona allí la teoría del *pharmakon* pero la supone todo el tiempo: el medicamento no es “inocente” en cuanto a sus efectos, tiene como el dios Jano dos caras: es remedio que pretende una cura y es narcótico que intoxica. Pero el sujeto, más pulsional que racional, y a pesar suyo, está más deseoso en el goce que interesado en su bien, aunque ese goce, como sabemos, se reduzca al alivio del dolor, lo cual hace a la propiedad adictiva de las drogas.

El pensamiento claro y distinto de la ciencia moderna que odia la contradicción no soporta que una sustancia destinada a curar pueda al mismo tiempo enfermar, ni su inverso, que una sustancia destinada al goce pueda al mismo tiempo tener efectos terapéuticos, salvo, claro está, por esos daños llamados ahora colaterales, es decir efectos secundarios indeseados. ¡Cómo si no pertenecieran a la fórmula química de la droga!

El código penal, al definir lo que es ilícito, define al mismo tiempo lo que es bueno y lo que es malo: un concepto jurídico se trastoca en un principio moral.

Toda nuestra concepción de las sustancias químicas está basada en esa operación disyuntiva, y toda discursividad la sostiene. Creemos en la inocencia de la farmacia. Pero el psicoanálisis no puede menos que poner en cuestión esa moral maniquea.

Esta creencia va contra de la enseñanza freudiana que en el capítulo dos de “El malestar en la Cultura” sostiene que la intoxicación química (en la cual incluye a la farmacia) es eficaz contra el dolor y contra la infelicidad inevitable de la vida. Por supuesto que Freud reconoce al mismo tiempo que siendo los tóxicos uno de los remedios más poderosos, son al mismo tiempo los más perjudiciales. Pero también dice que todo ser humano, en ciertos

momentos críticos, necesita de un “quitapenas” de efecto inmediato e intenso cuyo prototipo al alcance de cualquiera es el alcohol. “Quien tiene cuitas también tiene licores” (Whilhem Busch: Die frommr helene).

Freud, antes que asumir una posición moralista frente a las drogas (en su época el alcohol, el opio, la morfina y luego la cocaína) reconoce la función ambigua y dual que cumplen los tóxicos en cuanto a ser un “subterfugio”, un alivio del dolor y de la angustia. Pero mientras recorremos sus textos, tengamos en cuenta que nunca Freud dice que la droga cura, sino que sirve de “consolación” temporal frente al “dolor de existir” ¿Existir dónde? En la ausencia del imposible objeto de satisfacción, a lo que he llamado “abstinencia estructural”.

2. Derrida y el diálogo. Fedro.

El texto orientador y seguramente pionero sobre el tema de la identidad inseparable que existe entre el remedio y el veneno, es sin duda el ensayo “La farmacia de Platón” de Jacques Derrida incluido en su libro La diseminación.

Derrida nos invita a un original recorrido por varios diálogos platónicos que se ocupan justamente de esta verdadera condensación entre contrarios del vocablo *pharmakon*, medicina y veneno.

El pensamiento claro y distinto de la ciencia supone que si una droga es benéfica no puede ser al mismo tiempo perjudicial, salvo, claro está, por esos daños llamados ahora colaterales, es decir efectos secundarios indeseados, ¡como si no pertenecieran a la fórmula química de la droga!

La condición paradójica del *pharmakon* no se limita a poner de manifiesto la evidencia de que una droga hecha para curar pueda eventualmente ser nociva, o a que el universo de las drogas pueda dividirse en estupefacientes y psicofármacos, sino que apunta al ser

mismo de la droga: el remedio lleva en sí el virus de lo tóxico, el tóxico lleva en sí la propiedad del remedio.

Si tomamos el caso de quienes son el testimonio en carne viva de la ambigüedad del pharmakon, los psicóticos, vemos que aquello que los cura de sus síntomas, de sus alucinaciones, de sus delirios, los envenena como sujetos, los quebranta, arrasa con su pensamiento y con su voluntad.

Lo poco que le quedaba de sujeto, precisamente su angustia, sus síntomas, son barridos químicamente hasta desaparecer, obteniéndose, así, como logro un estado anónimo de adaptación sin sujeto evaluado clínicamente como positivo. ¿Pero, a qué precio es logrado ese estado que sólo podemos calificar de “indolencia”? (literalmente: no-dolor).

El texto mencionado de Derrida, como lo sugiere su propio título, se orienta a la obra de Platón, específicamente a sus diálogos “Fedro”, “Timeo”, “Filebo” y algunos otros, donde se encuentra la enseñanza de Sócrates a sus discípulos, advitiendo sobre la ambigüedad estructural, es decir no contingente ni ocasional, del pharmakon.

El más importante de ellos en cuanto al tema, Fedro o del amor, comienza con la presentación de un mito que pareciera incrustado caprichosamente en el diálogo. Una ninfa llamada Oritea está jugando a orillas del río con Farmacea (nombre no casual sin duda), y de pronto un muy intenso vendaval precipita a Oritea a la corriente del torrentoso río y muere ahogada.

Farmacea es la dueña de ese río cuyas aguas tienen propiedades que hoy llamaríamos termales o curativas. Pero, la despreocupada diversión entre Oritea y Farmacea en su ambiguo río es un juego peligroso; sus aguas destinadas a procurar resultados beneficiosos, se han cobrado la vida de Oritea.

Dice Platón: “Con su juego Farmacea ha arrastrado a la muerte a una pureza virginal...”

(p.102)

Y por su parte, Derrida en “La farmacia de Platón” reflexiona:

(...) la escena de esta virgen precipitada al abismo, sorprendida por la muerte jugando con Farmacea, que es también un nombre común que significa la administración del *pharmakon*, de la droga, del remedio y, o, del veneno. Envenenamiento no era el sentido menos corriente de Farmacea. (p.101)

Luego de este mito, que ya podemos adivinar es una metáfora de la acción del *pharmakon*, el texto da un brusco salto hacia otra maravillosa metáfora. Nos presenta la queja de Sócrates por haber sido seducido y llevado de las narices por un señuelo *pharmakon* que tiene Fedro bajo su túnica. Resulta que Fedro había salido al encuentro de Sócrates llevando unos escritos ocultos en su túnica que a Sócrates le resultan seductores y despiertan su ferviente interés:

“Tú tienes el *pharmakon* que me ha hecho salir de la ciudad...” (p.103)

Sucede que Sócrates nunca quiso salir de la ciudad. Incluso, condenado al destierro, prefiere morir ingiriendo veneno antes que salir de la ciudad. Pero el poder sugestivo del *pharmakon* lo hace ir por donde él no quiere, lo hace seguir a Fedro fuera de los muros. Seguirlo se le hace compulsivo, como siempre que se trata de un *pharmakon*. Vemos a Sócrates dispuesto a “dejarse perder” por esos escritos ocultos, objeto libidinal ante cuyo hechizo el sabio Sócrates es llevado de las narices extramuros:

Las hojas de escritura que llevaba Fedro bajo el manto obran como un *pharmakon* que empuja o atrae fuera de la ciudad a quien no quiso nunca salir de ella, ni siquiera en el último momento para escapar a la cicuta... (p.103)

Acotemos que quizá la cicuta misma haya cumplido para Sócrates la función de un *pharmakon*, bajo la doble función contradictoria de producirle la muerte, pero al mismo tiempo salvarlo de la humillación y del destierro. Un veneno fue también su último remedio.

Continuando con el poder ambiguo de la droga, Sócrates se sabe en manos de Fedro una vez que ha caído víctima de esa droga representada por los escritos del discípulo. Sabe que a ella no se puede resistir: “Sé indulgente conmigo buen amigo, me gusta aprender, sabes, y siendo así, los árboles del campo no consienten en enseñarme nada, pero sí los hombres de la ciudad...” (p.103)

Sócrates era sin duda un hombre de la polis, aprendía del significante más que de la naturaleza:

Así haces tú conmigo, con discursos que ante mí tendrás así en hojas, me harás circular por el Ática y por otros lugares por donde te plazca (...) Tú, sin embargo, pareces haber descubierto la droga que me obliga a salir. ¿No es agitando delante de ellos cuando tienen hambre, una rama o una fruta, como se lleva a los animales? ... (p.625)

Sócrates parece decir que quien cae víctima de la droga se comporta como un dócil animal al cual sólo le importa el brillo del objeto fascinante.

Referencias

Derrida, J. (1975) La diseminación, en La farmacia de Platón. Madrid, España:

Fundamentos.

Escohotado, A. (1998). Historia General de las Drogas. Madrid, España: Editorial Alianza.

Freud, S. (1985) El malestar en la cultura. Capítulo 2, en Obras Completas. Tomo XXI.

Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Lacan, J. (1985) Psicoanálisis y medicina, en Intervenciones y textos 1, Buenos Aires,

Argentina: Manantial.

Platón (1978) Fedro o del amor, en Diálogos. México, México: Ed. Porrúa.

Platón (1978) Filebo o de la naturaleza, en Diálogos. México, México: Ed. Porrúa.